

En tierra extraña.

Esta nueva sección que se estrenó en el último programa, antes de las fiestas de Navidad, estará protagonizada por los artículos que, cada quince días, nos enviará nuestro querido amigo José Luis Rodríguez Lara que, en este caso, lleva el título de “La cabeza de Lagartijo”.

La cabeza de lagartijo

Autor: José Luis Rodríguez Lara, L'Estany

La cabeza de Lagartijo

Hace unos días que he estado tomando café, hacia las tres de la tarde, con buena temperatura otoñal, en la terraza del Gran Bar de las Tendillas de Córdoba. Cuando voy a mi ciudad, siempre me siento allí y en la misma mesa porque así puedo contemplar tranquilamente al Gran Capitán marchando a paso militar del caballo hacia poniente, a punto de introducirse en la calle Gondomar, quizá buscando el camino de Almodóvar y Posadas. A este paso, pienso, tardará en llegar a Sevilla, si es que llega.

Dicen que la cabeza del personaje del Gran Capitán es de mármol blanco y que no corresponde al diseño programado del autor, Mateo Inurria. Dicen que existió una cabeza original en bronce, que luego se habría perdido o destruido. Otros más dicen que es de mármol porque la obra se demoró demasiado, el precio del material había subido notablemente y el presupuesto ya no alcanzaba para realizarla de bronce, quedando así el conjunto de modesta manera. También dicen que alguien tuvo la pintoresca ocurrencia de sugerir la cabeza de mármol por barata y llamativa, y porque ésta podría recordar al mismo tiempo a otro cordobés valiente, a Rafael Molina Sánchez, “Lagartijo”. La idea ya no correspondería al proyecto inicial del año 1915 de su creador Inurria. Hoy muchos vecinos aceptan que, efectivamente, esa cabeza de mármol no está tan mal, y que representa tan bien a “Lagartijo” como al general, aunque no haya ninguna relación histórica entre ambos. Los cordobeses hace

tiempo que se identifican con la cabeza de mármol, aunque crean que representa al diestro más que a Gonzalo Fernández de Córdoba. Si el Gran Capitán hubiera levantado la cabeza, la verdaderamente suya, se hubiera sorprendido gratamente y hasta hubiera esbozado una burlona sonrisa típica y tópica de la patria.

La cabeza lleva buen cráneo, frente despejada, nariz egipcia, opino, rasgos duros y angulares en el rostro y cuello sólido. Da cierto aire al Lagartijo de las imágenes que conozco. Había una tabernilla bajando la calle Mayor de Santa Marina, a media altura y a mano izquierda, que yo frecuentaba, más que por tomar una copa, por observar detenidamente un dibujo grande que colgaba de la misma estantería, que yo tenía por el verdadero rostro de “Lagartijo”; entonces, era una vieja taberna atendida por una anciana. Según mi amiga Encarnita Benítez Torreras, muerto ya “Lagartijo”, hacía cuarenta años, fue su abuelo Francisco Torreras Molina, conocido por Román, primo del torero, el que prestó su cabeza para inspirar la de “Lagartijo” y añadirla al monumento. Encarnita me presta la foto de su abuelo, que os presento hoy, de supuesta cabeza inspiradora de la de “Lagartijo”, pero la verdad es que esta cabeza no se parece mucho mucho, que digamos, a la cabeza de las Tendillas.

Se han propagado diversas e inocentes opiniones de por qué la cabeza del personaje es de mármol y no de bronce: que sí hubo una cabeza inicial de bronce, desaparecida un día, me dicen. Que no, que no, reparo yo, que lo más cierto es que el costo final obligó al ahorro y a la pintoresca ocurrencia de la cabeza de blanco mármol, todo ello ajeno a la voluntad y el gusto del escultor Inurria. Yo, caramba, hubiera preferido la cabeza de bronce y algo más de empaque en caballo y caballero.

Viajando por Europa, allí donde hubiese un grupo ecuestre, me paraba y buscaba recordar la estatua de mi paisano don Gonzalo, el patriarca de todos los Fernández de Córdoba que andorrear hoy por el mundo. En la inevitable comparación don Gonzalo y su bestia siempre salían perdiendo; por ejemplo, la obra de Verrocchio, la

del condotiero Colleoni con su caballo, su actitud y su escorzo, se come el campo de santo Giovanni de Venecia donde cabalga, y resulta ser una realización artística de primer orden. Podría citar muchas y buenas esculturas ecuestres admiradas aquí y allá (la aparatosa del Cid en Burgos, la de Ramón Berenguer en Barcelona, la de Felipe IV en Madrid) desde la antigua romana de Marco Aurelio, tipo más pensador que emperador, que, sin embargo, gastaba buen caballo, hasta la estatua del condotiero Gattamelata de Donatello en Padua. Estos caballos están para caracolear y fantasear, mientras nuestro caballo cordobés está para servir honradamente al jinete. Mientras contemplo la figura del Gran Capitán, echo de menos en nuestra plaza aquel alegre sonsonete del organillo de la Coja. Entonces no había tanto estruendo en este andurrial y nos conocíamos casi todos. A uno que recuerdo haber conocido, yo con diez añitos, no más, es al torero Machaquito, quien solía frecuentar La Perla.

<https://www.youtube.com/watch?v=I-dS3L6MWBQ> (Música de organillo)